

STEPHEN K. WHITE Y J. DONALD MOON (EDS.): *What is political theory?*, SAGE Publications, Londres, California, Nueva Dehli, 2004. 222 páginas.

Estamos ante una obra que formula una pregunta de partida necesaria para quien comienza a estudiar teoría política. Todos los grandes de la disciplina se han preguntado en un momento u otro qué es en realidad lo que estudian. Este volumen, que acoge un cuerpo central de artículos aparecidos en la prestigiosa publicación norteamericana *Political Theory*, de la que Stephen K. White es editor, reúne a un cuidado y selecto grupo de académicos, procedentes fundamentalmente de Estados Unidos —aunque también de Italia, Canadá o Australia—, para que ofrezcan sus reflexiones en torno a la cuestión planteada: ¿qué es teoría política? El resultado no puede ser más estimulante para quien pretenda abordar libremente los desafíos que ofrecen las dinámicas actuales de lo político. Es una obra sin respuestas cerradas, que pone sobre la mesa pasos previos que cada cual deberá resolver antes de afrontar una investigación.

En la “Introducción” de White ya se apunta una constante en la mayoría de los trabajos: la insistencia en que estamos ante un nuevo contexto producto de una época que necesita, por tanto, una renovación de la teoría política. Los crecientes y cada vez más rápidos flujos de ideas, personas y capitales nos obligan a salir de ese *dentro* donde estaba confinada la teoría política para recorrer así nuevas cartografías. Hay fuerzas y efectos del capitalismo actual que deben ser reconceptualizados, lo mismo que deben escucharse a los nuevos espacios democráticos múltiples transfronterizos. White aborda un punto clave, como es aquel del *pluralismo*, a la hora de pensar

sobre el futuro de la disciplina; no se trata ya tanto de teorizarlo como de ejercerlo (p. 4). Lástima que a la hora de editar la obra no se haya optado por ofrecer algún lugar a esas voces tan reclamadas.

Tampoco olvida White la necesidad de recuperar todo lo valioso del canon clásico que puede ayudarnos a comprender mejor las nuevas realidades. Esta última es la idea que anima la primera sección de la obra, titulada “*Traditional resources, novel challenges*”. Aquí Donald Moon deja claro en su trabajo que, tras Michel Foucault, ya no es posible abordar a la manera de John Rawls el clásico intento de reconciliar teoría y mundo; la exclusión y la violencia que genera el ahogar el carácter proteico del ser humano bajo unos determinados parámetros ideales debe hoy descartarse por completo. Esto coincide con su propuesta de una teoría política que no incurra en la búsqueda de las respuestas correctas, vicio al que no sólo describe como imperialista, sino también como impotente e inútil (p. 18). La diversidad de la sociedad debe hacernos asimismo evitar el concepto de verdad, y recomienda aprender de los trágicos el cómo convivir con la alteridad en lugar de buscar su *cura*. Profundiza así en la anterior idea de White al afirmar que la teoría política tiene la necesidad de escuchar y responder a la pluralidad de voces, y no trascenderlas en una proyección de ideas y valores propios (p. 25). Por último, apunta al carácter multidisciplinar de la disciplina en estos nuevos tiempos.

George Kateb, por su parte, se pregunta por la discontinuidad en los horrores sufridos en el siglo XX —que achaca a las

ligazones entre superpoblación y manipulación de las masas; tecnología y poder; muerte de Dios y vacío espiritual— a la luz de lo que nos puede ofrecer la teoría política. Para Kateb, hay que salirse del canon clásico y ayudarse de Martin Heidegger y Hannah Arendt para comprenderlo. Desde ellos abordará esas caras oscuras de la imaginación. Por un lado estudia lo que denomina imaginación hiperactiva, la cual concibe a las personas como instrumentos —o impedimentos— en pos de un plan diseñado de antemano desde las ansias estéticas y las grandes escalas; imaginación que trabaja sobre las pasiones que tanto estudiaron los clásicos. Y por otro, expone lo que denomina ceguera moral o imaginación inactiva, la cual ausenta lo presente, deshumaniza y despoja de responsabilidad a nuestro actuar cotidiano y burocrático; esta ceguera moral se revela como fundamental en el correcto funcionamiento de líderes y seguidores, en lo que Kateb denomina fanatismo secular. Insiste en que el antídoto reside en considerar a cada persona como incontable; las víctimas de una muerte en grupo no son cifras ni porcentajes, sino una sucesión de universos que se extinguen (p. 35).

Esto es algo de lo que se apercibe también Adriana Cavarero, quien parte de una interpretación de la obra de Arendt que le permite asumir la condición humana como de pluralidad absoluta —que no *pluralismo* (p. 61)—; la unicidad, el *quién* de cada cual, es valorado por encima de cualesquiera divisiones cualitativas basadas en clase, raza, nación o sexo, que por supuesto vendrán detrás. Esta concepción genera una política inclusiva, comprendida como espacio relacional de seres únicos, lugar que es a su vez frágil y contingente.

Cuando se deshumaniza y se ignora tal unicidad en las personas, la política deja de existir. En la concepción de *política* hacia la que apunta Cavarero el orden sólo importa como garante de derechos y libertades, eliminándose su función disciplinante, represora o excluyente. La autora italiana aprovecha para indagar en las raíces de palabras como *teoría*, *política*, *episteme* o *logos*, ofreciendo una clarificadora visión que, no por ser particular, deja de resultar valiosa. Destaca su equiparación de la teoría a los privilegios de la vista y coincide con Moon, a través de la interpretación del *mito de la caverna*, en que la inmovilidad ideal de la teoría no puede encajarse —desde su anhelo predictivo— con la pluralidad inquieta de lo político sin causar dolor, de ahí que reclame politizar la teoría. Al igual que ya había hecho White, apunta a la clásica idea de crisis de Sheldon Wolin: crisis como oportunidad para resignificar tanto los conceptos tradicionales como la matriz política. El imaginario espacial que trae la globalización obliga a repensar la soberanía, la nación o la democracia, las cuales nacieron en un mundo de territorios plenamente soberanos. Propone entonces Cavarero un nuevo concepto, *localidad*, como lugar desterritorializado, sin fronteras sagradas y de tiempo contingente, continuamente re-narrado y re-conectado desde la relación entre seres únicos, de un modo que acoja así la diferencia sin estigmatizarla como problema.

En “*Political philosophy as a critical activity*”, James Tully abunda en algunos de los temas ya tratados en el volumen, y coincide así con la idea de una teoría política que no es labor descubridora, sino resignificación a menudo creativa. En este

sentido reclama una distinción entre violencia, coerción y poder, tan a menudo enmarañadas para la ciencia política. Tully propone una actitud crítica que desafíe usos de palabras y de poderes dados por supuesto.

Wendy Brown, en *“At the edge”*, abordará las zonas fronterizas como las más ricas a la hora de comprender la identidad; éste será su recorrido también a la hora de responder a la cuestión de *what is political theory?* Como respuesta, formula una pregunta molesta: ¿qué esperamos de estipular una identidad marcada?, ¿qué creemos que resolverá? Junto a la reivindicación de las aportaciones de los últimos años en torno a las teorías del género, el postcolonialismo o las políticas de identidad, Brown advierte de la inconveniencia de descuidar el estudio del capitalismo, hoy más creativo si cabe que nunca y al que se abandona en la teoría política actual como si fuese parte de un paisaje inamovible y eterno. Sugerente resulta su idea de estudiar la teoría política desde el contrapunto, con temas que se contrastan y se juxtaponen, complejizando el fenómeno de un modo ajeno al enfrentamiento dialéctico.

La segunda sección, denominada *“Political thought in a global perspective”*, se abre con Roland Bleiker, quien interpreta que con la globalización vienen la pérdida de certezas, el descontrol y el aferramiento a las identidades fuertes y hostiles, forjadas y ensalzadas desde la violencia. No reniega de la identidad, sino de su elaboración excluyente y violenta. Apuesta así por identidades que ofrezcan un sentido y una capacidad de articulación social para el desarrollo de la vida en común. También gira su atención hacia las fundaciones de lo político: qué autorizan,

qué excluyen o aniquilan, sobre qué se apoyan. Por último, resalta que en la era de la globalización dialogar con pensamientos no occidentales resulta clave para ensanchar las opciones de la disciplina y de la propia política (pp. 136-140).

Roxanne L. Euben comienza su trabajo con una sugerente reflexión en torno a la idea de viaje; éste permite conocer tanto a los otros como a uno mismo, y supone riesgos, desórdenes y ruptura de fronteras y convenciones, tanto para el viajero como para la polis que lo envía. Coincide Euben con Bleiker en reclamar una teoría política comparada, y con Brown en rescatar la estrategia contrapuntual a la hora de escuchar y decidir en la pluralidad. Es interesante cómo un viaje entendido no simplemente en clave geográfica, sino teórica, es el que provoca disturbios fantásticos capaces de aportar la lucidez o la reinterpretación conceptual que tanto reclama la teoría política hoy en día. Por último, recupera la figura de pensadores islámicos como Ibn Battuta para acentuar la importancia del auditorio a la hora de relatar un viaje, pues el viajero no sólo recibe informaciones y conocimientos, sino que los traduce; es importante saber cómo hacerlo según quien escuche.

Para terminar la estructura de la compilación se confronta, en una tercera sección, a la teoría política con su tradicional antagonista, la ciencia política. Aquí encontramos un valioso artículo de Ruth W. Grant, el cual aunque transita por temas ya muy estudiados, como es la distinción entre investigación humanista y científica, sí que ayuda a clarificar el panorama para un investigador novel. Recuerda así que ante lo incierto, indeterminado e irracional de la vida, las humanidades se basarán en

la capacidad de juicio (pp. 179-181). Ésta es necesaria a la hora de abordar aquello a lo que la certeza matemática no tiene acceso, cuando el mundo se mantiene opaco... y hay que escuchar. Es un juicio que se distingue del gusto estético, y que se aproxima a la idea utilizada en la retórica clásica. Así, el juicio no es una facultad bruta e innata, sino que se requiere de su enseñanza: "Entre la ignorancia y el conocimiento, en el reino del juicio, es donde residen las humanidades. Comprender el sentido y el significado en el esfuerzo de educar al juicio es su tarea" (p. 181). La reivindicación de la política como arte, en lugar de cómo técnica, no le lleva sin embargo a despreciar, ni mucho menos, todas las aportaciones que nos pueden proporcionar las ciencias y sus métodos.

Y finalmente la obra se cierra con un trabajo de Ian Shapiro, donde se insiste en la necesidad de guiarse por los problemas a la hora de comprender, en lugar de pretender encajar la teoría preferida en una

realidad esquiva. La asunción de que cada fenómeno admite descripciones verdaderas múltiples (p. 200), nos lleva a que cada una está cargada de teoría, y nos conduce a ámbitos de investigación distintos. Abunda así en la crítica a la pretensión predictiva de una teoría que choca con la contingencia de los acontecimientos, y en la propuesta de una teoría política renovadora de conceptos y marcos explicativos de fenómenos cambiantes.

Estamos por tanto ante autores de líneas semejantes, formados en su mayoría en Estados Unidos y donde la influencia de maestros como Sheldon Wolin a la hora de entender la teoría política es claramente manifiesta. La obra, carente de la profundidad que podrían aportar otras tradiciones de pensamiento, establece algunos puntos de partida e inquietudes relevantes y estimulantes para el investigador que comienza en teoría política, y ése es su mayor mérito.

VÍCTOR ALONSO ROCAFORT